

Gestión de crisis y lucha contra la catástrofe: diferencia de escenarios y de perfil de sus gestores

Andrés García Gómez

Centro Europeo de Investigación Social de Emergencias

I. CRISIS Y CATÁSTROFES

Crisis y catástrofes en su forma y naturaleza son desarrollos de eventos y situaciones de los sistemas sociales bien diferenciados aunque en su génesis y efectos existan coincidencias que hacen que en ocasiones se las trate como sinónimos.

Crisis y catástrofes tienen en común que actúan de modo fundamental como reguladores violentos e indeseados del meta-equilibrio de los sistemas sociales y políticos. Su tratamiento indiferenciado o como sinónimos por parte de los gestores no es inocente sino estratégico, orientado a difuminar la responsabilidad. En ese sentido se suele decir que en su génesis ambas son heterónomas y contingentes, es decir, son imprevistas y vienen desde fuera. Nadie es culpable ni de la crisis ni del desastre.

Sin embargo, esta falsa sinonimia queda al descubierto en las diferencias estratégicas de gestión por parte de los gobiernos y su uso interesado como eventos reguladores del equilibrio.

La crisis es autónoma (surge desde dentro del sistema) y global (afecta a todos), relativa (pero no de la misma forma), es estanca (presente continuo), la muerte es lenta (por indigencia) y la sangre ausente. Produce masas huidizas y

atemorizadas (masas de parados o con temor a serlo, masas de pobres, masas de desfavorecidos, emigrantes, trasterrados, masas insolidarias cuyos individuos actúan en base al "sálvese quien pueda", etc.).

La crisis se gestiona, es labor de gabinete (Gabinete de Crisis) y es tiempo de amenazas. El Poder la utiliza como amenaza diferida: "para salir de la crisis, tendréis que sacrificar vuestros sueldos, vuestras pensiones, la gratuidad de la enseñanza, los medicamentos gratis, etc., renunciar en suma al Estado del Bienestar. Trabajar más y protestar menos. Y si no lo hacéis será peor. Ya lo estáis viendo."

La crisis siempre sucede a un periodo de bonanza, de pleno empleo, de altos incrementos salariales y de una gran movilidad social. En dichos estadios de bonanza las diferencias entre pobres y ricos se atemperan, los hijos de los pobres van a la universidad y se codean con los hijos de los ricos. Los ahora no tan pobres se compran un coche, una segunda residencia, invierten en bolsa y mercados de futuros e inundan los lugares de ocio y asueto antes exclusivos de los ricos. Ya no reivindican un salario de subsistencia sino una calidad de vida y participación en el poder equiparable a la de los ricos.

En este estado de cosas, cuando los trabajadores están a punto de ser felices, aparece la crisis como elemento regulador del sistema y vuelve a poner a cada uno en su sitio. Los pobres vuelven a su pobreza y los ricos a disfrutar de su riqueza. La crisis económica es un proceso histórico reiterativo de regulación del desigual reparto de la riqueza al que suele calificarse como el "coitus interruptus de la clase obrera".

Por su parte, la catástrofe es heterónoma (producida por el impacto de un fenómeno externo al sistema) y local (afecta a una parte), absoluta pero incierta (a todos los de la parte pero no se sabe a cual de ellas), es instantánea ya sea porque ha ocurrido (presente inmediato) o porque pueda ocurrir (futuro incierto), la muerte es rápida y la sangre esta presente. Produce masas de supervivientes excitadas y enfervorizadas alrededor de la sangre de las víctimas en busca de chivos expiatorios que paguen y minimicen el duelo por la muerte temprana e imprevista de sus miembros (sobre todo si son jóvenes).

La catástrofe se planifica, es tiempo de promesas, de paternalismo, de proteccionismo (Protección Civil), de ayuda y defensa ante la amenaza (Defensa Civil). El Poder lo utiliza como enunciamiento de promesas en campañas. De invulnerabilidad si es una amenaza potencial: "la población puede estar tranquila, porque el Gobierno lo tiene todo previsto y ha derivado los recursos pertinentes para que no ocurra nada, y nada les ocurrirá si siguen nuestras indicaciones". De fortaleza paternalista si ha ocurrido el desastre real: "el Gobierno ha acordado un crédito extraordinario de ayuda a los afectados, de indemnizaciones, de técnicos, psicólogos, de ropas, de alimentos, de medicinas, etc., y adoptado las medidas para que el desastre no se repita".

La catástrofe tiene dos temporalidades, una instantánea (la del suceso en sí mismo y destrucción de las cosas) y otra mediata (de efectos derivados y recuperación de las cosas). En ambas temporalidades el desastre opera como en el caso de la crisis, aunque de modo distinto, como elemento regulador del equilibrio desigual de los sistemas políticos. En la fase del impacto del evento porque las vidas y los bienes que más se pierden son las de los pobres. Ya sea terremoto, huracán o inundaciones, son siempre los pobres asentados en las zonas más vulnerables y sus cabañas y casas de madera o de barro donde se cebarán los efectos indeseados del fenómeno. En la fase de recuperación, también los pobres tendrán que derivar parte de su salario o tiempo laboral para las labores de reconstrucción, mientras que para los ricos será tiempo de negocios, de contratos de obras y suministros. Esta fase de negocio del desastre, en general soterrada, quedó puesta en evidencia con la competencia surgida entre las grandes compañías para la reconstrucción de Kuwait después de la guerra del Golfo o la más reciente y descarnada subasta para la reconstrucción de Irak.

Ahora bien, tanto la gestión de la crisis como la planificación de la catástrofe tienen un umbral o límite de tolerancia a partir del cual pasan de ser elementos del Poder, reguladores del equilibrio del sistema, a justificación y motivo de atractores oportunistas para la subversión del sistema.

Este punto límite o umbral de la dimensión de la catástrofe o la crisis es el colapso. El colapso ya no lo puede utilizar el Poder para regular el equilibrio del sistema. El colapso es la herramienta, causa u oportunidad contingente de las masas aglutinadas alrededor de nuevos atractores para derrocar el sistema, para la subversión.

Generalmente, una crisis o una catástrofe por sí solas no desembocan en un colapso del sistema. El colapso de los sistemas suele ser el resultado de una catástrofe que coincide en el tiempo con una crisis o viceversa. En esta conjunción de crisis y catástrofe, la masa o muta de lamentación generada por la catástrofe es fácil que derive a muta de acoso o de guerra por los efectos añadidos de la crisis. Esta consecuencia indeseada de las catástrofes es lo que hemos llamado "Resonancia política de las catástrofes", teoría y dimensión política de los desastres que cada vez va teniendo más incidencia en los centros de investigación relacionados con los efectos sociales de los desastres y que ya tuvimos ocasión de exponer en otras Jornadas anteriores. Cabrían múltiples ejemplos históricos de esta teoría, pero recordemos a título de muestra la independencia de Bangladesh a raíz de un ciclón en los años 70, la caída del régimen somocista en Nicaragua y el terremoto de Managua, y un ejemplo paradigmático en la reciente historia de Rusia: el régimen zarista cae en pleno desastre bélico del 17, y el régimen comunista se empieza a desmoronar poco después del terremoto de Chernobyl y del terremoto de Armenia.

En España -en 1812- como consecuencia de la catástrofe bélica con Francia, a la subversión del régimen absolutista con la aprobación de la "Pepa" (Constitución de Cádiz), se le añadió el colapso del imperio colonial. Más recientemente, aunque con efectos no tan radicales, la catástrofe del 11M de 2004 supuso una alteración sustancial de las expectativas electorales anteriores al suceso.

De ahí, y por todo ello, la preocupación de los Gobiernos por el uso y control de la crisis y de la catástrofe y su distinta ubicación administrativa. Dado que la crisis sólo suele producir masas atemorizadas y desagregadas, se gestiona y negocia en los gabinetes ministeriales económicos y administrativos; los llamados "Gabinetes de Crisis" encargados de su regulación se ubican en ministerios civiles y tecnocráticos con perfil profesional de *domésticos* y cercanos al área económica de los gobiernos.

De otro lado, como contra la catástrofe se lucha y se planifica, pero no se negocia, y además puede producir masas y mutas peligrosas, los organismos encargados de regularlas se ubican en departamentos ministeriales de fuerza o militarizados de profesionales *domados*, en algunos Estados con el nombre de "Defensa Civil" en los ministerios de las fuerzas armadas y en otros con el nombre de "Protección Civil" en los ministerios de seguridad interior o policía.

II. DOMESTICACIÓN Y DOMA

De similar forma a como crisis y catástrofes se suelen tomar como sinónimos de un mismo evento, como veíamos en el capítulo anterior, ocurre otro tanto con las acepciones de domesticar y domar. Solemos utilizar de modo indiferenciado, es decir, con la misma acepción los conceptos de doméstico y domado pero, en realidad, nos remiten a dos procesos de socialización animal bien distintos.

Esta diferencia fue matizada por Darwin al señalar que domesticar (*domestication*) es algo más que domar (*taming*)¹⁰⁹. La diferencia entre los dos términos es evidente en idioma inglés, y no tanto en el español.

En este sentido traía a colación el profesor Juan de Dios Ruano, con motivo de una clase sobre gestión de emergencias en la Escuela Nacional de Protección Civil, unas reflexiones del común maestro y catedrático Jesús Ibáñez sobre la diferencia entre domésticos y domados. Tipología de seres varios que aplicada a personas permite distinguir con bastante acierto las diferencias de perfil de un gestor de crisis y de un gestor de catástrofes.

¹⁰⁹ "Domestication is more than taming". Darwin (1859 y 1868).

En efecto, con la doma nos estamos refiriendo a un trabajo de instrucción del hombre sobre animales individuales salvajes con el fin de su posterior utilización en actividades y tareas para las que ya estaban naturalmente predispuestos. Con la doma se trata de aprovechar las habilidades innatas de ciertos animales en beneficio del hombre, a través de un proceso de enseñanza y obediencia a las órdenes del dueño que incluye en su caso una potenciación de dichas habilidades naturales.

La doma se ejerce sobre animales individuales, un caballo, un elefante, un león, una foca o un oso. Con ella se les enseña a los animales domados a poner al servicio del hombre sus cualidades y habilidades innatas, no castrándolas sino potenciándolas.

Por el contrario, con la domesticación actuamos sobre colectivos y poblaciones enteras, castrándoles sus caracteres salvajes por un procedimiento de reproducción artificial en el que se van seleccionando los individuos con mayor mansedumbre hasta conseguir unas poblaciones con rasgos genéticos propios y distintos a las especies silvestres o salvajes de procedencia, lo que produce lo que llamamos especies domésticas con comportamientos amansados; incluso a lo largo del tiempo -y producto de esa selección artificial- llega a tomar formas y características físicas muy distintas de las de sus ancestros o agriotipo.

A diferencia de la doma, con la domesticación nos estamos refiriendo no a individuos sino a poblaciones o colectivos como el de las gallinas, los cerdos, las vacas o las cabras, que tan familiares nos son.

Pero los términos de doméstico y domado han sufrido un proceso de antropomorfismo prosopopéyico inverso o zoomorfismo, que nos ha servido para referirnos también a los seres humanos: “¡Este niño está hecho un salvaje! tienes que domesticarlo”.

Nos estamos pues refiriendo a esa expresión tan común de “personal doméstico” con la que nos referimos en ocasiones a un colectivo de trabajadores de los hogares de ciudadanos acaudalados o con “posibles”, con el que se emula la definición genuina del personal doméstico de palacio para diferenciarlo de las mesnadas de soldados y trabajadores de la gleba.

En este sentido zoomórfico lo utiliza Jesús Ibáñez para hablarnos de las relaciones de poder a través de la publicidad y el consumo:

Hay dos modos de socialización de los seres humanos: la domesticación y la doma. Domesticación y doma implican un dominus (uno que domina). La doma es adaptación a un espacio isótropo en el que todas las direcciones y sentidos son practicables. Se doma, por ejemplo, a un caballo de carreras: un caballo bien domado es irritable a la voz de mando, a la menor indicación del jinete sigue cualquier dirección y sentido a cualquier velocidad. La domesticación es adaptación a un es-

pacio anisótropo en el que sólo son practicables algunas direcciones y sentidos. Se domestica, por ejemplo, a un rocín que hace girar una noria: un rocín bien domesticado sigue cansinamente su camino. Se doma a los miembros de las clases dominantes (que deben funcionar como proyectos o proyectiles), y se domestica a los miembros de las clases dominadas (que deben funcionar como objetos). Los domados deben cambiar de camino: adaptarse al cambio. Los domesticados no. Un colegio privado es una escuela de doma, un colegio público es una escuela de domesticación (nos transforma en objetos impotentes para hacer proyectos).

Un campo de concentración es un encierro en un lugar (un sistema = estar parados juntos). El espacio en el que se mueven los consumidores es un encierro en un trayecto (un sirrema = correr juntos). El consumidor nunca saldrá de la red de centros comerciales-autopistas-segundas residencias (en la sierra para el ciclo semanal, en la playa para el ciclo estacional). Las alambradas de acero han sido sustituidas por alambradas de palabras.

La publicidad es un dispositivo de domesticación: el más perfecto de que dispone el capitalismo de consumo. La publicidad traza nuestros caminos: nos encierra, precisamente, fuera.

Cuando circulan tantas informaciones y a tanta velocidad, para que el sistema funcione son precisos dos requisitos: que la mayoría de los sujetos hayan sido eliminados de los circuitos de información, y que sus comportamientos sean orientados hacia una moda. Los pocos transformados en sujetos deben ser inmunes a la publicidad: son domados, para que sean integrables en los circuitos de información. Los muchos transformados en objetos deben ser inoculados de publicidad: son domesticados, para que, como el rocín que tira de la noria, sigan su camino con el estímulo de una sola información inicial.

La publicidad nos encierra fuera del mundo: de modo que nuestros caminos eviten los lugares/momentos en los que se toman las decisiones y se diseñan las acciones.¹¹⁰

No obstante, y pese al pesimismo que pueda infundir a algunos lo antedicho en relación a la domesticación, se hace necesario aclarar que la domesticación y la doma pueden ser procesos reversibles, es decir, cabe la esperanza de la inversión del proceso. En efecto, cuando por circunstancias o contingencias varias una población de animales domesticados se ha reincorporado a la vida silvestre se produce una sección natural de sentido contrario a la selección artificial que les había configurado como domésticos. En unas cuantas generacio-

¹¹⁰ IBÁÑEZ, Jesús (1985): *Del algoritmo al sujeto: Perspectivas de la investigación social*, Madrid, Siglo XXI.

nes este colectivo vuelve a adquirir los caracteres genéticos y morfológicos del agriotipo de procedencia.

Pues bien, nosotros vamos a utilizar como herramientas para nuestro análisis sobre la gestión de las situaciones de emergencias sociales producidas por las crisis y las catástrofes esta acepción semántica diferenciada entre domesticación y doma del mismo modo que hemos diferenciado entre situaciones de crisis y situaciones de catástrofes.

III. LOS DISTINTOS ESCENARIOS DE LA CRISIS Y LA CATÁSTROFE

El espacio anisótropo de la crisis

La crisis tiene su origen en una disfunción interna de un subsistema de los sistemas y no suele alterar morfológicamente a los mismos, por lo tanto no suele ser perceptible para los observadores externos al sistema, no así para los observadores internos o sintomáticos, que son quienes suelen dar la alarma de la disfunción y entrada en crisis para el sistema, aun cuando -para gran parte del resto de los elementos del sistema- la crisis pase desapercibida al igual que para los observadores externos.

Cuando un individuo sufre una crisis hepática o coronaria, un motor de combustión una crisis en el subsistema de refrigeración o un sistema social una crisis económica, no se aprecian cambios sustanciales en la morfología de ninguno de ellos, ni en sus circuitos ni en sus estructuras, que aparentemente parecen ser ajenos a la crisis salvo para los elementos detectores de la crisis. El individuo no pierde los brazos ni ninguna parte física de su cuerpo, el motor no se desintegrará en partes, ni los edificios ni las calles de la ciudad desaparecerán. La crisis “va por dentro”; es por tanto de origen autónomo o interno a los sistemas y el espacio en que se desarrolla es el mismo inalterado espacio anisótropo de los sistemas, donde todos los caminos están marcados tanto en su dirección como en su sentido.

Cuando un sistema social sufre una crisis económica, ni los edificios se caen ni las calles se rompen ni cambia el sentido de circulación por las mismas. Este espacio anisótropo, quebrado y multirrefractario donde todos los caminos están marcados y no es posible cambiar de dirección es el escenario en el que se desarrolla la crisis. Espacio, como decía Ibáñez, anisótropo, artificial y urbano donde se desenvuelven y habitan los domésticos. Espacio anisótropo donde a

cada punto de dirección o sentido corresponde una visión distinta del sistema observado.

El espacio isótropo de la catástrofe

La catástrofe, al contrario de la crisis, no tiene su origen en una disfunción interna del sistema, sino en la colisión o interacción física y violenta de un sistema con otro sistema u objeto externo y no pasa en ningún caso desapercibida para los sentidos de los observadores, ya sean internos o externos al sistema afectado.

Cuando un individuo o un ingenio de transporte, coche, avión, etc., sufren una catástrofe por colisión con otros sistemas u objetos, se aprecian de modo claro profundos cambios morfológicos en los mismos que les pueden llevar incluso a no ser reconocibles, haciéndose a veces necesario el recurrir a sofisticados procedimientos de identificación para su reconocimiento. Quizás el ejemplo más paradigmático de este tipo de situación sea el accidente o la catástrofe aérea.

En los sistemas sociales ocurre algo similar. Cuando una sociedad es atravesada por un punto catastrófico: por un terremoto, por un huracán, por una avalancha de agua, etc., la ciudad o el hábitat sufre alteraciones en su morfología. Los edificios se desmoronan y las calles se rompen, se dice que el fenómeno ha destruido o arrasado la ciudad, cambiando el paisaje artificialmente quebrado y cambiante de caminos, calles y edificios por un espacio llano y uniforme de desolación, un espacio isótropo donde los caminos ya no están marcados, han desaparecido y han sido sustituidos por un espacio plano y homogéneo de destrucción.

Como consecuencia de la catástrofe la estructura anisótropa de la ciudad se destruye y es sustituida por el espacio isótropo e indiferenciado de la desolación: ciudades sin calles, edificios colapsados y casas sin pasillos. Un espacio isótropo propio y natural de domados con capacidad para trazar nuevos caminos.

Espacio isótropo donde de manera independiente al lugar en que se ubique el observador siempre aprecia la misma visión del sistema observado, el espacio llano de la desolación catastrófica.

Naturaleza larvada y predeterminada de la crisis

La crisis, aun cuando la solamos reconocer como tal sólo cuando su sintomatología se nos presenta de modo claro y perceptible por los sentidos y decimos “el sistema entra en crisis”, en realidad es sólo el final de un proceso de disfunción de una parte del sistema que suele tener su origen en un pasado lejano pero cuyos efectos al principio por su levedad suelen pasar desapercibidos.

En realidad, cuando nos enfrentamos a una crisis ya sea de un sistema orgánico como mecánico o económico, sólo estamos ante la fase consciente e inocultable de un proceso de deterioro leve pero insidioso y en fase de *in crescendo* que suele tener lugar en un tiempo muy anterior.

La crisis coronaria de un individuo, la del sistema de refrigeración de un motor o la económica de un sistema social tienen su explicación en una degradación del subsistema correspondiente que tuvo su comienzo en un momento anterior. En el caso del sistema orgánico puede ser una alimentación inapropiada; en el caso del motor un servicio de mantenimiento defectuoso y en el caso de la economía una inversión productiva en procesos de incierto futuro del tipo de “pan de hoy y hambre del mañana”.

La crisis es, por tanto, la manifestación de la disfuncionalidad de una parte del sistema, de uno de los subsistemas. Es, por tanto, interna y autónoma a los propios sistemas. Consecuencia de un proceso leve pero largo, insidioso y constante a lo largo del tiempo y cuyo desenlace final está predeterminado en el caso de no introducir factores correctores que paralicen el proceso.

Naturaleza brusca y no predeterminada de la catástrofe

La catástrofe se produce cuando un sistema interacciona con violencia con otro sistema o con un objeto externo al sistema, produciendo una eclosión de energía imposible de absorber por el sistema.

Esta irrupción brusca de energía es claramente perceptible por los elementos del sistema.

La catástrofe en la mayoría de sus manifestaciones se puede predecir, es decir, podemos saber con escaso margen de error dónde y cómo se puede producir, pero, a diferencia de la crisis, no se puede predeterminar. Sabemos cómo y dónde va a ocurrir, pero no sabemos cuándo. Sabemos “el dónde” y “el cómo” se va producir un terremoto o una inundación, pero nos falta saber “el cuándo”.

La catástrofe se produce por la irrupción brusca de energía imposible de asimilar por los subsistemas de absorción y transformación de la energía. Tiene

su origen en el exterior del sistema, es por tanto heterónoma a los sistemas en cuestión.

IV RESUMEN DE OTRAS DIFERENCIAS DE ESCENARIO DE CRISIS Y CATÁSTROFES

Reacciones y comportamientos de la población¹¹¹

En la catástrofe: reacciones de lamentación, pero heroicas y solidarias. Se producen, de modo espontáneo, agregaciones de ciudadanos o mutas catastróficas alrededor de las víctimas, reclamando el chivo expiatorio que expie la culpa de la muerte temprana de sus congéneres.

En la crisis: reacciones insolidarias y egoístas, masas críticas de ciudadanos desagregados, gregarios y lábiles. Es un comportamiento muy diferente del observado en situaciones catastróficas.

El discurso de las Instituciones

En la catástrofe: promesas y compensaciones, orientadas de modo fundamental a calmar los ánimos exaltados de los ciudadanos agrupados alrededor de la sangre de las víctimas.

En la crisis: amenazas y sanciones, orientadas a una renuncia de bienes y a exigencias de sacrificios para salir de la crisis.

Preguntas de los medios de comunicación

En la catástrofe: referidas al pasado: ¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurrió? ¿Cuántos fueron los muertos?

En la crisis: referidas al futuro: ¿Qué va a pasar? ¿Qué puede ocurrir? ¿Cómo saldremos de esta situación?

¹¹¹ RUANO, Juan de Dios (1996): *Auto-organización: entre el orden y el caos*, A Coruña, Servicio de Publicaciones de la Universidad.

Destinatarios y objetivos del discurso de los medios

En la catástrofe: por un lado, la población no afectada o públicos externos al escenario de la catástrofe. Su objetivo es devolver a los ciudadanos la confianza, rota por la catástrofe, en sus instituciones.

En la crisis: el destinatario del discurso de los medios es la población afectada con el objetivo de convencerles para aceptar los sacrificios que se piden desde las instituciones.

Énfasis tímico de las noticias

En la catástrofe: emocional, dirigido a los sentimientos.

En la crisis: crítico, dirigido a la razón.

V. CONCLUSIONES

De la domesticación de la crisis a la doma de la catástrofe

Como hemos visto, la domesticación es un proceso de entrenamiento, formación y socialización que prepara para la vida intramuros, intrasistema; se prepara a las personas o animales destinados a vivir dentro de las paredes de palacio potenciándoles valores y virtudes que faciliten dicha convivencia, como la docilidad (de dócil viene lo de “docto” como rito de paso del libre pensamiento al sujeto “doctorado” en el pensamiento reglado de las instituciones universitarias), obediencia, respeto, reiteración u horario, etc., y de modo paralelo se instaura otro proceso de castración de su agresividad, individualidad y cualquier otra cualidad de su estado de naturaleza o salvaje que pusiera en peligro la convivencia o armonía en el espacio cerrado de los muros del palacio.

La vida entre muros así lo requiere, es un espacio anisótropo quebrado de caminos y pasillos trazados, cada uno lleva a una estancia de función prefijada: cocinas, despensas, establos, salones, dormitorios, comedores, gabinetes, etc... Cada uno de sus moradores tiene una función predeterminada que no puede ser alterada. Todo debe estar controlado, ordenado y contabilizado, ya sean las reservas de despensa o intendencia como las riquezas o tesoros. No se pueden trazar nuevos caminos, ni andar libremente por pasillos y estancias, ni disponer libremente de los recursos; todo está predeterminado y todos repiten a diario, y

a las mismas horas, sus pasos por los mismos pasillos y rincones que se les han asignado.

Pero no siempre el orden prevalece, en ocasiones la inestabilidad perturba la calma de palacio, ya sea porque ha desaparecido la reserva de sal, alguno que se rebela contra su destino o bien que el príncipe ha enfermado o no tiene descendencia. Este tipo de disfunciones de origen interno a los muros de palacio y de situación de inestabilidad es lo que conocemos por crisis.

La crisis es un tipo de desestabilización autónoma. Un sistema entra en crisis por una disfunción interna: crisis cardíaca, crisis hepática, crisis económica, crisis política, crisis de gobierno, etc.

En el caso que nos ocupa, el del palacio, cuando ocurre una crisis, ésta es resuelta por el personal interno o personal doméstico. El dispositivo conversacional de palacio se pone en marcha, se reúnen en los rincones o conclaves, se acusan unos a otros, se indaga sobre quién pudo ser, se espían, se repasan las cuentas, etc., hasta la resolución de la crisis y vuelta al orden anterior ya sea porque se apresó al ladrón, se redujo al díscolo o se encontró un heredero. No siempre la crisis se resuelve con una vuelta al orden anterior, en ocasiones puede subvertir el sistema a través de su máximo exponente, que es el “golpe palaciego”.

Por el contrario, la doma no prepara a las personas ni animales para vivir dentro del castillo sino fuera del mismo, vivir extramuros a la intemperie en el espacio isótropo y llano de la naturaleza, donde no todos los caminos están trazados ni sabemos adónde llevan.

En la doma, al contrario que en la domesticación, con el entrenamiento y socialización se busca no sólo no castrar las tendencias de naturaleza sino potenciarlas hasta traspasar también sus límites naturales. Así, al ave cetrera o al galgo corredor se les enseña a cazar aún sin la pulsión natural del hambre, al caballo a correr sin necesidad y a los soldados a matar a semejantes que ni conocen ni tienen cuentas pendientes personales que saldar.

La doma no prepara ni para la estabulación permanente, ni para recorrer los pasillos quebrados del interior de palacio. Los espacios temporales en los que los domados permanecen intramuros (en establos o despachos, según el caso), se sienten frustrados anhelando el momento de ser desembridados para correr hacia el horizonte plano del espacio exterior.

Y en el exterior está la causa genésica de la catástrofe.

Un sistema entra en una situación de catástrofe cuando la causa de su desestabilización es externa al mismo. Es, por tanto, en el caso de los sistemas sociales, a diferencia de la crisis, heterónoma, extramuros, de origen externo al recinto del palacio y de origen externo a la frontera de la piel en el caso de los

seres vivos. Una puñalada, un accidente, una intoxicación, un huracán, un ataque bélico, un terremoto, etc... Situaciones que no desembocan en crisis, sino en traumas catastróficos.

Pues bien, la lucha contra las catástrofes es la función principal de los domados. El perro guardián que ataca al intruso, el soldado que repele el ataque, el bombero que apaga el fuego.

Sabe el Príncipe que su trono y la integridad de su palacio se pueden poner en peligro bien por una crisis derivada de intrigas de cortesanos bien por la catástrofe de un ataque de un enemigo externo.

La crisis se gestiona, se negocia, es tiempo de domésticos administrativos y contables moviéndose dentro del campo de la interacción simbólica: “Gabinete de Crisis”. Su horizonte de peligro es la subversión del sistema, su derrocamiento o destronamiento.

Contra la catástrofe se lucha para proteger la integridad física del palacio. La catástrofe no se evita por medio de la gestión sino de la “lucha contra las catástrofes” en el campo de la interacción física. Su horizonte de peligro no es el simple derrocamiento del Príncipe, sino la destrucción física del palacio y sus moradores, el colapso del sistema. Es tiempo de lucha, defensa y protección física, (Protección Civil, Defensa Civil), es tiempo de domados, de cuerpos especializados, de soldados, de bomberos, de zapadores, de sanitarios, de líderes naturales y héroes espontáneos.

Este reparto de roles entre servidores domésticos y domados del Príncipe y de Palacio (hoy Presidente y Estado) no siempre está en equilibrio, ya que ambos tienden al control y dominación del otro. Situaciones perversas que llevan al “golpe militar” o toma del poder por parte de los domados y, por tanto, debilitación del sistema para afrontar las crisis, pero también se puede dar la situación contraria, golpe palaciego de domésticos con sometimiento de los domados y la consecuente debilitación o desprotección del sistema frente a los eventos catastróficos.

Esta es la situación de nuestro mundo occidental de referencia, unos Estados dirigidos por domésticos especializados en crisis, incluidos sus sistemas nacionales de protección civil y, por tanto, debilitados ante las catástrofes.

En las democracias occidentales formales, sobre todo las europeas, la actual clase funcionarial heredera de los domésticos palaciegos de antaño ha expulsado del poder, a golpe de decretos legislativos (forma moderna que ha tomado el golpe de palacio de antaño), tanto a los cuerpos especializados de domados al servicio del Estado como a los políticos domados y curtidos en los espacios de la sociedad donde se desarrolla la vida real, reduciendo su presencia en la gestión del Estado a un número testimonial que tampoco se respeta, pues incluso los espacios testimoniales reservados, ya sea en el Ejecutivo como en el

Poder Legislativo, a los políticos que surgen fuera del ámbito de la Administración de los Estados han sido ocupados de hecho por funcionarios domésticos “politizados”, que incluso se han desplazado a la sociedad civil y tomado el poder en las cúpulas de los partidos políticos que en teoría deberían representar a los llamados “ciudadanos de a pie”, expulsando a todo aquel que no sea funcionario, lo que les ha llevado de facto a una perversa toma de conciencia corporativa de creerse dueños absolutos del Estado, lo que tiene mucho de real, y calificar como intrusismo la cada vez más rara ocasión en que un no funcionario, un experto civil o líder natural, es designado para alguna tarea de responsabilidad o gestión política dentro de las estructuras del Estado.

Esta situación afecta al sistema nacional de protección civil y por lo anteriormente expuesto, explica en parte, aunque no del todo, el porqué de que la mayor parte de las gestiones de situaciones catastróficas se pueden contar como fracasos, ya hablemos de la catástrofe de nueva Orleans producida por el huracán Katrina o de las más cercana de los incendios de Guadalajara en 2005 o las inundaciones de Biescas o Badajoz unos años antes.

En efecto, la asunción, en el mundo occidental de referencia en el que nos encontramos, por parte de los funcionarios de la administración general de los Estados (es decir funcionarios no especializados) de naturaleza doméstica de las responsabilidades de dirigir y gestionar la lucha contra las situaciones catastróficas, les ha llevado a tratarlas del único modo que saben, es decir, como crisis, forzando una sinonimia entre ambas situaciones a pesar de la gran diferencia entre las mismas.

El mayor esfuerzo de estos responsables de catástrofes, especializados en crisis, es la elaboración de los “planes de gestión de emergencias” en el tradicional soporte papel o más actual soporte informático del “PowerPoint” donde, como en los sueños, cabe todo lo que uno pueda imaginar aunque en la realidad de las cosas de todo ello no exista nada. Planificación que además realizan sobre supuestos escenarios anisótropos y quebrados a semejanza de los de las crisis. De este modo, cuando acontece una catástrofe y el escenario se transforma en el espacio uniforme plano e isótropo del desastre los planes se guardan en el cajón del despacho y se recurre a la improvisación por parte de quienes no están preparados ni familiarizados para desenvolverse en dichas situaciones, ya que para los domésticos –fuera del camino trazado en la hoja de ruta del protocolo– sólo queda la nada o el caos pero, para desgracia de ellos y sobre todo de nosotros, la catástrofe lo primero que hace es borrar los caminos del mapa.

El reiterativo fracaso de este modelo de *protección civil* está propiciando como solución una involución al modelo de *defensa civil* donde los cuerpos militares, o de domados en la analogía empleada, están tomando cada vez mayor protagonismo en el presente y con bastante probabilidad asumirán en plazo mediato la total responsabilidad en este campo de las emergencias sociales. Pero

no está claro si es una solución, una involución o una evolución lo que ha propiciado un debate en Europa que se puede ejemplificar con el abierto en Francia en 2007 por el *Haut Comité Français pour la Défense Civile* con el sugerente título de: “Le rôle des forces armées au sein de la défense civile: Paradoxe ou nouveau paradigme?” que refleja y universaliza las dudas que surgen a todos los que se interesan por el tema de esta nueva deriva de la protección civil hacia su militarización como respuesta al poco efectivo modelo de protección civil aún vigente.

Desafortunadamente, el debate sólo contempla estas dos posibilidades de organización política de lucha contra las catástrofes o modelos de gestión de situaciones de emergencia: o el modelo administrativo de “Protección Civil” dirigido por empleados “domésticos” de la administración general de los Estados (de los que valen “tanto para un roto como para un descosido”), o el modelo de “Defensa Civil” a cargo de empleados “domados” de cuerpos especializados del Estado, fundamentalmente cuerpos militares o paramilitares.

Cabrían más alternativas, parece que más eficaces en las ocasiones que se han puesto en marcha, que implican a la población como primer agente y que podríamos denominar modelos de “Autoprotección Colectiva” en la línea de países como Suiza, Japón o Cuba, que no es casualidad el que siendo Estados con regímenes políticos muy dispares tienen en común su no pertenencia al ámbito de referencia de los países occidentales de la Unión Europea y de Norte América. Pero no profundizamos en ello ya que por el momento dicho modelo no se contempla en ningún horizonte de las propuestas de los actores políticos ni de España ni de los países de su entorno.